

Morir

con las botas puestas



Alex Jorge

Morir con las botas puestas

Alex Jorge

Morir con las botas puestas

© Alexander Jorge Parra, 2008. Todos los derechos reservados

Diseño de cubierta: Jose Luís Hernández Torres

Morir con las botas puestas

*A Mariela Varona, Ivonne Galeano,
Ramón Legón y Eduardo Heras,
por ayudar en mi formación como
escritor.*

El admirador

—¿Me puedo sentar aquí?

El Lúcido levanta la cabeza. De pie frente a él se halla un muchacho de rasgos pétreos, ropa oscura y pelo recogido en una cola. Hace un mohín de disgusto. Se había sentado allí, lejos de todos con la intención de tener un rato de soliloquio, y aquel intruso viene a perturbar su tranquilidad.

—Yo soy el Hetfield —dice el desconocido, saludándolo.

El Lúcido observa la mano, luego el rostro inexpresivo del muchacho. Trata de identificar su mirada: muchos se acercan a él con la admiración bailando en sus pupilas, o lo miran con odio mal disimulado; algunos con respeto, miedo; en escasas ocasiones desafiantes, pero el muchacho lo estaba mirando de manera fría, clínica.

—Vete echando de aquí, no estoy para nadie —le responde.

El desconocido no se inmuta, sus ojos siguen fijos en él, gélidos e inexpresivos.

—Lástima, yo traía una canequita de alcohol para descargar un rato.

El Lúcido se anima, no se le había ocurrido lo del alcohol para despejar los cuervos que revolotean en su mente. Mala idea había sido rechazar la botella que el Pasta le ofreció el primer día en el camión, pero ahora desea tener la botella de vuelta.

—Dame acá ese trago —dice el Lúcido—, y siéntate, qué más da.

El Hetfield se sienta. El Lúcido toma la caneca y la contempla por un instante antes de darse un buche profundo.

—Hace rato que quería tallar contigo —dice el Hetfield—, pero no sabía cómo acercarme a ti, te veía en las peñas pero siempre estabas conversando con alguien.

—Y qué coño quieres tallar conmigo —otro maldito guataca, piensa el Lúcido.

—Nada, es que yo soy tu más grade fan. Yo quería conocerte, hacer amistad, vaya...

Morir con las botas puestas

Hace silencio, como titubeando. El Lúcido sonríe internamente; en su fuero íntimo le gusta ser halagado a pesar de sentir desprecio por los aduladores.

—Hoy no estoy pa' nadie, ya te dije.

—Yo quiero ser igual que tú, es decir, un friqui de verdad igual que tú.

—Tienes mucho que aprender, chamaco —el Lúcido se da otro trago, otea a lo lejos: algo sucede detrás de uno de los albergues—. En esta vida lo principal es la música, oír mucha música.

—Sí, Metallica.

—Metallica no lo es todo, chamaco, y más ahora que están hechos una porquería. Yo no sé cómo a ti no te da pena hacerte llamar el Hetfield.

—Es que a mí me sigue gustando Metallica. Me gustan los discos de ahora y los de antes también. El Master...

—¿Qué estarán inventando esa gente ahí? —interrumpe el Lúcido, escudriña a lo lejos.

—¿Quieres que averigüe por ti? Voy a ver, espérame aquí —el Hetfield se levanta.

Cuando regresa lo sorprende la risa estrepitosa del Lúcido, como si se burlara de su muestra de servilismo. El Hetfield trae consigo un jarrito humeante. Al llegar se sienta cerca del Lúcido, pone rápido el jarrito en el suelo, a sus pies.

—Mira en qué estaban aquellos —le señala el jarro.

El Lúcido observa el contenido: qué es eso. El líquido verdoso lanza al éter una estela de humo, persistente y reptante, como una serpiente fantasmagórica.

—Clarín —responde el Hetfield.

El Lúcido sonríe para sus adentros: ahora sí va a espantar los cuervos. La caneca de ron pronto se acabará y no va a lograr la nota que desea. Quiere irse del mundo, sentirse en éxtasis y olvidarse de todo y de todos.

Adelanta la garra y toma el jarrito. El Hetfield había forrado el asa con los restos de una caja de cigarros, pero no es suficiente para disipar el calor. El Lúcido la pone rápidamente a sus pies, abre la caneca y vierte el resto del contenido en el jarrito.

—¿Tú estás loco? —el Hetfield casi se levanta.

Morir con las botas puestas

El Lúcido observa el jarro ya no tan humeante, lo mira con codicia, sonríe. Los dientes de depredador le dan a su rostro un aspecto mucho más repulsivo. Comienza a beber.

— Por qué no te he visto pinchar desde que empezó esto del contingente? —dice el Hetfield al cabo de unos minutos—,  y eso?

—Yo no vine a pinchar.  T  crees que yo estoy pa  esa payas  de limpiarme ante la sociedad? Yo no se cómo tú crees en esa mierda, a los rockeros siempre nos van a mirar mal, chamaco. Por mí toda la sociedad se puede ir pal carajo.

El Hetfield lo observa en silencio, luego el jarro que el Lúcido extiende hacia él: no jodas más con esa mierda y d telo, escucha que le dicen. El t  ha adquirido una coloración extra a, peligrosa, y el Hetfield toma el jarrito con cautela, luego mira al Lúcido. Aquél ya se ha acostumbrado a su mirada clínica, fría; ya no le molesta, pues le parece que no hay atisbos de c culo detrás de aquella fijación, sino algo que no puede explicar, una ausencia de miedo, una falta de sentimiento, como quien observa un objeto sin vida y no le importa.

—Alguien una vez me dijo que eras satánico —dice el Hetfield—, que hacías ceremonias y esas cosas.

El Lúcido le quita el jarro, se da un buche heroico, carraspea.

—Algo he hecho, chama.

El Pasta se detuvo un instante para observar la estatua que se hallaba ante él. Sobre un pedestal gris el  ngel marmóreo rezaba en un gesto perpetuo. Recuerda la blasfemia que estaban haciendo.  l no era un santo, lo sabía bien, pero creía en Dios. Lament  que la aventura hubiera tomado aquel rumbo... y todo por culpa del Lúcido.

Recogió las ramas secas y echó a andar entre las tumbas, buscando la ruta por donde había venido. Todo estaba oscuro. Al avanzar un poco comenzó a escuchar murmullos y jadeos. Se pregunt  qué habría inventado ahora el Lúcido.

Cuando llegó quedó petrificado de la sorpresa. El Lúcido estaba sentado en el borde de la tumba donde todavía se hallaba el gato mutilado, los huesos y el cráneo humano, embarrados de la sangre del animal. Frente al Lúcido, de rodillas sobre su propia ropa,

Morir con las botas puestas

completamente desnuda, la muchacha chupaba el miembro largo y delgado de aquél, ronroneando como una gata. Detrás de ella, arrodillado también y con los pantalones en las rodillas, el Vara la penetraba con fuerza. El Pasta dejó caer las ramas.

—Qué clase de resingaos son ustedes. ¿Para esto me mandaron a recoger ramitas y mierdas?

Dos horas antes los tres habían estado en la peña de Rock del Caligari. Al operador del audio se le había ocurrido poner un himno rockero y la masa de melenudos se lanzó hacia los bafles. El Caligari se convirtió en un océano de cabellos cuya marejada cambiaba de dirección al compás de la música. El Pasta observaba aquello acariciando el vasito plástico que contenía dos líneas de ron. Por suerte el hecho inusual le daba un sabor distinto a la noche, pues en la mayoría de las peñas los friquis se mantenían impávidos, conversando y bebiendo.

El Vara apareció de súbito con una amplia sonrisa iluminado su rostro. Hay una talla ahí, dijo, estaba excitado. Una loca, continuó, me dijo que hoy se atrevía a templarse hasta cinco al mismo tiempo, para mí que está drogada.

El Pasta hizo silencio por un instante, procesaba la información. ¿Cinco dijo? El aburrimiento se esfumó de repente, ¿Que se singaba a cinco, dijo ella? El Vara respondió afirmativamente. Vamos a buscarla, dijo el Pasta.

La decepción fue grande. El Pasta se había imaginado que era alguna de las tantas friquis increíblemente bellas que pululan por las peñas y conciertos. A costa de muchas se había masturbado unas cuantas veces. Ellas: frondosas, exuberantes, vestidas sexy, muy sexy, principalmente las góticas, pero el Vara le había presentado una muchachita menuda, de ojos gatunos enturbiados por sabría Dios qué sustancia alucinógena. Y me singo hasta a seis, enfatizó ella.

Por el camino se toparon al Lúcido. Adónde van, les dijo al verlos, miró a la muchachita, como adivinando, y el Pasta perdió la tranquilidad, luego sintió pánico cuando el Vara le contó el plan y sobrevino lo esperado: Yo voy también en esa ¿no. Qué importa, respondió la muchacha, que venga también.

Morir con las botas puestas

La idea del cementerio había sido del Lúcido. Tomaron una guagua y al llegar al cementerio de Mayabe se toparon con que los custodios estaban más alcoholizados que ellos mismos. Vamos para allá atrás, para los nichos, dijo el Lúcido, y entraron sin problemas.

Las luces eran escasas y no había luna. Al avanzar un trecho ya casi no veían nada. Unos ojos resplandecieron encima de una tumba, al pie de una cruz, y todos se detuvieron de golpe. El Lúcido recogió una piedra del suelo y la lanzó con fuerza, un grito casi humano estalló. Al Pasta se le erizó la piel, la muchacha se le abrazó. El Vara había retrocedido, listo para dar la carrera de su vida. Voy a ver que era eso, dijo el Lucifer en aquel momento.

—¿Ustedes me están oyendo? —el Pasta se adelantó unos pasos, pisoteó las ramas.

—Cállate, cojone —contestó el Lúcido con los ojos cerrados.

La muchacha lo estaba masturbando con la boca y había cobrado un movimiento frenético. El Vara perdía el ritmo, se hallaba algo incómodo, no tenía la misma altura de la muchacha.

—¿Ustedes se piensan que yo soy comemierda? ¿Así que yo recogiendo palitos y hojitas y ustedes singando?

Y miró el circo que había armado el Lúcido: el gato que pensaban era un espíritu del cementerio y que el Lúcido mató de una pedrada en pleno rostro; los huesos tomados de un nicho, el cráneo humano. Cuando llegaron a la tumba que el Lúcido había elegido, aquél preparó una ceremonia: degolló al gato muerto, lo agarró por la cola para que la sangre fuera cayendo sobre los huesos y comenzó a aullar una plegaria en lenguaje desconocido. Lo hacía en un tono y una vehemencia que la muchacha, al escucharlo, estuvo a punto de marcharse: me da miedo, dijo. Cuando el Lúcido terminó se dio vuelta directamente hacia el Pasta: ve a buscar ramas secas o algo de madera, le dijo, vamos a hacer una fogata para que esto dé resultado.

—Lo dejamos de último —dijo el Lúcido, carcajeando como una hiena. El Hetfield sonrió a medias—, y así y todo no pudo hacer nada, se quedó con las ganas de singar.

Morir con las botas puestas

Unas luces aparecieron: qué están haciendo ahí, dijo alguien. La muchacha se puso la falda, la blusa, sin darse cuenta que estaba al revés. El Pasta se subió los pantalones al instante, el Lúcido recogió el cráneo de encima de la tumba, todos corrieron. En el lugar quedaron el gato muerto, los huesos, la ropa interior de la muchacha y un pequeño charco de semen que ella había escupido.

Al salir vieron que casualmente una guagua llegaba a la parada. La abordaron. El Lúcido traía el trofeo envuelto en su pulóver, a la vista el torso desnudo casi repleto de tatuajes demoníacos. Se sentó al lado de una estudiante de medicina que instintivamente se arrimó al cristal de la ventana. El cigarro de marihuana que habían consumido rápidamente cuando el Pasta buscaba las ramas secas ya estaba haciendo efecto. Reían sin motivo, rompiendo el silencio. La muchacha no se daba cuenta que un hilillo de semen le corría por uno de los muslos.

—Todavía no sé por qué me dio por hacer eso —puntualiza el Lúcido.

¿De dónde eres, del Combinado Lácteo?, le dijo a la estudiante. Ella no contestó, trataba de concentrarse en el paisaje nocturno que pasaba raudo por la ventanilla. Apuesto a que estás fugada de la facultad, prosiguió el Lúcido, deben ser como las 2 de la madrugada, ¿No? Una y diez, contestó ella de mala gana. El Lúcido sonrió con ferocidad, se dio cuenta que el chofer lo vigilaba por el retrovisor de la cabina. Eres del Combinado Lácteo, prosiguió, putas que son todas ustedes. Ella se removi6 inquieta, lo miró un instante con el rabillo del ojo. ¿Tú sabes quién soy yo?, le clavó una mirada feroz que contrastaba con su sonrisa de carnívoro. Yo soy el diablo, Lúcido, la majestad infernal de esta mierda de provincia, el que hoy va a poseerte.

—Y le saqué la calavera. Me había llevado también la mandíbula y la moví como si estuviera riéndose, se la acercaba a la cara. Se cagó del miedo, ja.

El Lúcido no se dio cuenta que alguien se había plantado a su lado. Era un hombre de aspecto hierático, bigote canoso, pelo cortado a lo militar. De dónde sacaste eso, dijo. A ti qué te importa, contestó el Lúcido. El Pasta se levantó del asiento, el Vara también, el hombre solo se fijó en la presencia del Vara. Me lo encontré, dijo el Lúcido, se levantó,

Morir con las botas puestas

encaró al hombre, me lo encontré botado. Eso no puedes habértelo encontrado por ahí, te lo robaste del cementerio, dijo el hombre.

La guagua llegaba a una parada: con su permiso, “Metido-en-lo-que-no-te importa”, me quedo aquí, dijo el Lúcido y le dio la espalda. Entrégame esa calavera, escuchó, no vas a llegar muy lejos. Ya el Pasta se había bajado, el Lúcido se acercó a la puerta: atrévete a quitármela si puedes, le contestó al hombre antes de tocar la acera. El Vara se bajó después, la muchacha había desaparecido.

—Me mandó a circular el muy hijo de puta —el Lúcido mueve el jarrito, se hace un pequeño remolino en el líquido—. Nos cogieron a mí y al Vara. Al Pasta no, el tipo nunca lo vio, ni a la jefa tampoco, me preguntaron si había alguien más con nosotros, pero yo firme, en la estación tuve tiempo de decirle al Vara que si delataba a alguien lo iba a matar en la cárcel.

—¿Entonces el Vara ha estado preso otras veces?

—Él salió bien, el que se jodió fui yo por profanación de tumbas, ocho meses, chama, no se compara con lo que ahora le han echado al Vara, lo cogieron con droga escondida en el chasis de la computadora, ¿lo sabías?

—¿Lo hubieras matado si le hubiera dicho algo a la policía?

—¿Lo dudas, chama?

El Hetfield lo mira en silencio por un instante.

—¿Has matado alguna vez? —le dice de pronto.

—Y a ti qué te importa.

Vuelve a hacer silencio, toma impulso.

—Cuéntame de Yolanda.

El Lúcido se levanta lentamente, mira al Hetfield con el furor reverberando en sus ojos turbios.

—¿Qué coño te pasa? —gruñe. El Hetfield tensa los músculos del cuerpo— ¿Qué es eso de Yolanda ni un carajo?

Morir con las botas puestas

—Yolanda, la jevita aquella, la del problema, tú sabes. Hubo quién dijo que habías sido tú.

—¿Qué pinga tú eres, policía?

—Cálmate, nadie te está interrogando.

—¡Te despingo la cabeza, comemierda, quién coño eres tú para estar preguntando que si Yolanda ni un carajo!

—Te voy a confesar algo... —el Hetfield modula la voz.

—¡Qué carajo tú vas a confesar de qué! Voy a contar hasta tres para que te vayas pal coño de tu madre.

—Tú no eres el único —responde el Hetfield tranquilamente—. Lo del Gena lo hice yo.

El Lúcido queda mudo de la sorpresa, mira al Hetfield través de la nebulosa propiciada por el té alucinógeno, sonríe en una mueca sarcástica. Por unos segundos pasan por su mente infinidad de imágenes: el Mosque, la conversación sobre el Gena en el Club Atlético, las persecuciones a hurtadillas, el parque del 12 plantas, el Gena y su encuentro secreto con aquel desconocido, la sorpresa, la determinación, el Gena ya solo en el banco... Sí, el Gena.

—Así que lo del Gena lo hiciste tú, qué lindo —el Lúcido se va sentando lentamente, su rostro luce una expresión divertida—. El chama quiere anotarse la pata del Gena, qué bien caramba.

—Yo también soy capaz... como tú.

—Matín el matón te dicen, qué gracioso —el Lúcido despliega una sonrisa torcida, desagradable, la voz burlona—. El matador, el bárbaro, tú, así que fuiste el que mataste al Gena, qué gracioso, qué lindo, ¿quién te lo va a creer?

—Cuéntame lo de Yolanda, Lúcido.

Aquella noche no había pescado nada, se sentía solo y necesitado, por eso la miró con otros ojos. Sí, no estaba mal, pero la hallaba muy infantil, y a él le gustaban un poco curtidas, putonas, no como ella que a lo mejor no sabía ni besar. ¿Y si no? ¿Y si era como la Polaca, con su carita de muñequita y era una loca templando? Lástima que ahora vivía en

Morir con las botas puestas

Cienfuegos, su caso era atípico. Los padres de ella le habían inculcado el miedo por la pérdida de la virginidad y la muy loca resolvió usar la puerta trasera y dejar lo otro intacto. Muchos trataron de romper la leyenda, ser los primeros en acabar con el mito, pero nadie pudo, ni él mismo, que le propició un repertorio de bofetadas para obligarla, pero ella lo venció al ponerle casi en la cara aquel culo exquisitamente dilatado de tanto uso, tan apetitoso como una vagina. Para colmo poseía unas nalgas portentosas. El Lúcido recordó lo bien y fácil que la había penetrado. Qué Polaca, de verdad que no necesitaba perder la virginidad. Pero ahora no estaba la Polaca ni nadie disponible, sino la muchachita que tantas miradas le prodigara desde hace un tiempo, la que una vez le mandó un mensaje con Cara de jeva. Nunca le había hecho caso, pero ahora tenía tantas ganas de templar...

Se acercó. Al ella darse cuenta de su presencia se puso nerviosa, el rostro se le sonrojó. Al Lúcido le pareció que temblaba, sonrió con ferocidad, sus instintos de depredador se activaron.

—¿Quieres un trago? —le dijo.

Enseguida se percató que ella no estaba acostumbrada a beber, pero era presa de una euforia que divertía al Lúcido: “eres una perra en celo”, pensaba. Se entretenía con escuchar lo que ella le decía y que a él no le interesaba para nada. La sonrisa feroz se le transformó en una mueca diabólica, a ella le parecía muy varonil su expresión carnívora.

—Vámonos —dijo de pronto el Lúcido.

Ella se incorporó y estuvo a punto de caer, el Lúcido la sujetó. Salieron por la otra puerta del Club Atlético, nadie los vio. Llegaron a la calle, fueron dejando atrás el bullicio de la peña, siguieron caminado por la calle Aricochea, llegaron a la calle Maceo. El Lúcido entró a un parqueo, le entregaron una bicicleta: monta, dijo.

—¿A dónde vamos? —contestó ella, sentándose en la parilla.

El Lúcido echó a andar la bicicleta. Bajaron por todo Maceo hasta la Carretera Central. Al llegar al servicentro “La Curva” ella volvió a preguntar. El Lúcido seguía dando pedales en silencio.

Morir con las botas puestas

Llegaron a la Circunvalación, el Lúcido se detuvo. Ella bajó de la parrilla, miró a todos lados. Estaba oscuro y las escasas luces le daban al asfalto un brillo cruel. Los árboles parecían criaturas gigantes y torcidas: Ven, dijo el Lúcido, y se adentró en los arbustos con la bicicleta de mano.

—No me gusta este lugar —dijo ella mirando alrededor—, nos pueden asaltar aquí.

Pero ya el Lúcido la había abrazado, la bicicleta cayó al suelo. Por un instante ella perdió la noción de tiempo y espacio, atrapada en un beso rabioso, casi una mordida. El aliento a alcohol del Lúcido la excitó, tembló de pies a cabeza. Las manos del Lúcido comenzaron a recorrerla con determinación y ella se sentía desfallecer. En un instante ya estaban sobre la hierba, acariciándose. Ella sabía en qué iba a terminar todo y no le agradaba que sucediera tan rápido y fácil, pero no tenía fuerzas para rechazarlo.

De súbito el Lúcido cambió de aptitud. Dejó de besarla, se sentó sobre ella; con un gesto rápido se despojó del pulóver.

—Ahora vas a mamar —dijo, desabrochándose el cinto.

Ella miró su silueta a contraluz, sorprendida, asustada. Su alma volvió al reino terrenal y recordó que estaba sola con el Lúcido en las afueras de la ciudad, en un lugar donde nadie la escucharía gritar.

—Ya tengo ganas de irme —dijo ella, e intentó levantarse.

—No te muevas, puta —el Lúcido la aplastó contra la hierba, con una garra atrapó su cuello, impidiéndole el movimiento.

—¿Qué haces? Déjame tranquila, me quiero ir.

—Aquí hay que mamar —respondió él.

Ya el Lúcido tenía el falo largo y delgado fuera del pantalón, erguido como el mástil de un barco. Con un movimiento amordazador logró sentarse en el pecho de ella, le colocó el miembro en la cara: mama, repitió.

Ella movía la cabeza de un lado a otro, rechazaba el contacto de la carne enhiesta. El Lúcido trataba de obligarla pero ella apretó los dientes, apartó el rostro, gemía, luchaba, en una ocasión gritó pero calló de inmediato, casi le introducen el falo en la boca.

Morir con las botas puestas

El Lúcido perdió la paciencia, se levantó, tomándola por el pelo. Ella lanzó un quejido, comenzó a llorar. Le suplicaba que la soltara, que no le hiciera daño, pero ya el Lúcido comenzaba a darle golpes: ¿vas a mamar o no?, dijo él, acompañando cada pregunta con un gahnatón. En el silencio de la noche los golpes se escuchaban altisonantes.

—Ya, ya, ya no me des más —dijo ella de pronto, jadeando, yo voy a hacer lo que tú quieras.

El Lúcido le colocó el miembro en la boca en un gesto triunfal, ella comenzó a chupar con cautela, lentamente. Volvió a sentir un golpe: no me muerdas la pinga, puta. El sabor de aquel trozo de carne dura le daba náuseas. Comenzó a preguntarse cómo aquellas mujeres de las películas que tanto veía su hermano podían chupar tanto aquello, incluso dos y tres a la vez, o acabadas de salir de una vagina o del culo de alguien, e incluso tragarse el semen, esparcírsele por toda la cara con una voluptuosidad impresionante, qué asco. Sufrió una arcada.

—Ahora ponte en cuatro, perra —escuchó.

Ya que más daba, por lo menos no tenía que chupar más. Dentro de unos minutos aquel monstruo se vaciaría dentro de ella y la pesadilla habría terminado. Pero no se iba a quedar así, lo iba a denunciar, lo iba a mandar a la cárcel. Qué distinto fuera todo si el Lúcido se hubiera portado con delicadeza, ella se hubiera abierto completa para él, de alma y de piernas, y la noche fuera tan distinta...

De súbito su corazón se aceleró, el miedo se apoderó de ella: el Lúcido le había lanzado un escupitajo entre las nalgas: no, por ahí no, chilló ella.

—Por el culo sí, cojone.

Y sintió que era empalada de un golpe brutal. Jamás había sentido tanto dolor. Trató de zafarse, el Lúcido la tomó por el pelo, le obligó a pegar el rostro en la hierba, siguió empujando. Ella gritó, las manos se le crisparon, arrancó un mazo de hierba, pero ya el Lúcido la había metido completa. Luego, el movimiento frenético sobre ella, el ardor, el dolor insoportable. Apretaba los dientes para no gritar, cada embestida le dificultaba el habla.

Morir con las botas puestas

Y el Lúcido recordó a Blanquita, la yegua del abuelo, la preferida de él. Ah, Blanquita, con ella conoció el sexo por primera vez, el placer de meterla en una caverna cálida, mucho más que la de una mujer, según comprobó años después; y Blanquita era tan dócil... se quedaba quieta, allí, en medio del cañaveral donde el abuelo había cortado las cañas para que hubiera un terreno de hierba que crecía desmesuradamente después de cada lluvia, y allí no podían verlo, y si alguien se acercaba las cañas le daban el aviso en un crujir inevitable. Qué tranquila Blanquita cuando él la llevaba hasta la piedra grande que por suerte su abuelo nunca quitó de allí, de esa manera él quedaba a la altura de aquel enorme capullo de delicias; y no había llegado a la piedra y ya la tenía tiesa, hinchada de sangre, y temblaba de placer a la primera penetrada y luego todo era como estar en el paraíso, y aquella calidez sabrosa y Blanquita tan mansa, incluso cuando le dio por tomarla de las bridas y halar ante cada empuje, como ahora que se ha quitado el cinto y lo ha colocado alrededor del cuello de la muchacha, y ha comenzado a halar, Blanquita, y a halar, qué rica Blanquita, y ella comienza a retorcerse, a jadear, Ah, Blanquita, que nunca le lanzó una patada, y seguía halando, ya estaba al terminar, la muchacha que se derrumba, siempre aguantaste mis jalones de brida, Blanquita, ya me vengo, ya, es toda tuya Blanquita...

—Me fui del mundo, chamaco, estaba en otra parte, ni me di cuenta de lo que estaba haciendo.

Ella yacía sobre la hierba, inerte, semidesnuda. El Lúcido se miró el miembro: estaba embarrado de semen y excremento. Extrajo un pañuelo del bolsillo, se limpió, lo hizo una pelota y la volvió a meter en el bolsillo. No era la primera vez que mataba, pero esto había ocurrido sin querer, sin planes, sin una vía de escape, no como con el Gena, aquel Judas vestido de rockero, maldito informante del D.T.I. ¿Qué iba a hacer ahora? Piensa rápido, Lúcido. El río, sí, allí cerca había un río, lo recuerda bien, no tan cerca, sí, pero allí está.

—Me pasé la noche arrastrándola por todo el monte aquel —el Lúcido tuerce los labios—. De madre, tenía que tener la precaución que nadie me viera, qué noche aquella.

Ya en el río el Lúcido extrajo la chaveta y comenzó a cortar la ropa del cadáver. La noche estaba tranquila, silenciosa. Lejos, bien lejos se veían las luces de un caserío. Lanzó

Morir con las botas puestas

parte de la ropa al río y vio como se la llevaba la corriente. Apretó el mango de la chaveta, tomó aire, apoyó el filo en el esternón de la muchacha y comenzó a cortar.

—Le saqué las tripas hasta el culo, tenía que eliminar la evidencia, chamaco, allí estaba mi leche.

Observó por un instante el torso casi vacío de la muchacha. Qué sádico eres, Lucifer, no estaría mal una foto, qué oportunidad. Esto es lo que deben sentir los asesinos en serie de las películas. Sonrió, no está mal. Sí, no está para nada mal.

Cogió una piedra grande y la colocó dentro del vientre del cadáver. La tomó en brazos, como pesa carajo, se adentró en el río. Para la parte más profunda, Lucifer. Cuando el agua ya le daba por el cuello la soltó. Miró el agua por unos instantes, el cadáver no emergía. Qué bien.

—Te debes preguntar por qué te he contado todo esto, ¿no, chamaco?

El Lucifer se inclina hacia él, espera que se crea la expectativa

—¿Sabes por qué? Por que voy a morir —le dice—, por que estás hablando con un muerto. Voy a morir; no ahora, falta mucho todavía... pero ya estoy marcado, chamaco.

El Hetfield lo mira petrificado. El Lucifer hace una mueca de desagrado, sabe que el relato ha causado un efecto tremendo en él pero hay algo desconocido en la mirada del muchacho que no puede dilucidar.

—¿Cómo puedes dormir con eso? —dice de pronto el Hetfield.

—He dormido como un niño —el Lucifer carcajea—, no le tengo miedo a nadie, ni a la cárcel. ¿Y tú sabes por qué te he contado todo esto, chamaco? Porque soy un muerto, un cadáver viviente, y no tengo miedo que le vayas a contar nada a nadie, porque si lo haces te busco y te mato, chamaco, te mato lo más dolorosamente que pueda; te voy a sacar las tripas como mismo hice con aquella, pero lo voy a hacer contigo vivo, chamaco, te voy a destripar si se te ocurre decirle algo a la policía.

—La mataste —el Hetfield está como hipnotizado—, la mataste sin ella haberte hecho nada.

—Ya te dije que lo hice sin querer.

Morir con las botas puestas

—Si la policía se entera te van a fusilar.

—No me fusilan nada, ¿qué pinga te pasa? Si un día voy preso por eso es para una cárcel en talla, y voy a salir algún día. ¿Tú sabes por qué? Porque tengo Sida, chamaco, me inyecté Sida en Santa Clara, tengo la muerte en mis venas, idiota, pronto reinaré en el infierno, ja —el Lúcifer carcajea—. Pero chamaco, si por casualidad es porque cuentas todo esto... estás muerto, chamaco. Te busco y te abro la panza, ¿me oíste?

—Pero... a ti te detuvieron por sospecha.

—Sí, me detuvieron y me interrogaron... pero me soltaron, chamaco, no podían probarme nada, ni a mí ni a nadie. Aquella noche llovió, cayó un diluvio. Tuve suerte, no quedó huellas ni nada. El cadáver y la ropa y todo fue a dar a casa del carajo, ni la policía se imagina que la cosa ocurrió en la circunvalación.

—Ella no te hizo nada... la mataste por gusto, era casi una niña, solo tenía 17 años.

—¿Sí? Qué carajo, era solo una puta.

—¿Qué dijiste?

—Eso mismo, qué coño, una puta. Una linda y rica puta.

El Hetfield se abalanza sobre él con la agilidad de un lince, algo metálico resplandece. Antes que el Lúcifer tenga la noción de lo que está sucediendo ya tiene la bayoneta clavada en la garganta. Se lleva las manos al cuello, tose, escupe sangre. El rojo espeso y caliente va empapando sus manos, ganando el pulóver; le gotea por los antebrazos. Mira al Hetfield con la incógnita reflejada en sus ojos desmesuradamente abiertos, una incógnita que no puede articular en palabras.

El Hetfield aparta las manos del Lúcifer, agarra el mango de la bayoneta, la retira, limpa el arma con el pantalón de su víctima, la guarda. El Lúcifer vuelve a llevarse las manos al cuello con la poca fuerza que le queda. La sangre mana en abundancia y ya se siente desfallecer.

—Esa puta —dice el Hetfield antes de darle la espalda y marcharse—, esa puta era mi hermana.

Ícaro

Se siente desilusionado. Ha pasado el instante en que abrió los brazos y el aire le azotó el rostro, y en ese lapso vio rápidamente la abertura de los ventanales de la tienda “La Campana”, en peligro de derrumbe y manchado con la leyenda del administrador que se colgó de una viga del techo, y más allá el tejado del Museo de Historia Natural, la calle Maceo y un atisbo del Parque de las flores. Se había imaginado elevándose hacia el firmamento con los brazos convertidos en alas con la firme convicción que siendo de noche ningún rayo ultravioleta derretiría la cera. No caería, sino que iba a elevarse triunfante sobre la ciudad hasta desaparecer.

Pero, ¿acaso no iba a desaparecer igual? No de la manera que quisiera, pero en el intervalo en que arqueó la espalda —tal vez por el empuje del salto—, levantó el mentón y abrió los brazos, alas enormes y vigorosas, se vio a sí mismo como un ángel, o el ave fénix; o mejor, en aquel que levantó el vuelo huyendo del laberinto de Minos y terminó traicionado por el sol. Pero él no iba a correr la misma suerte, era de noche y sus alas no se derretirían; así podría huir, perderse para siempre.

Y lo recordarían. Iba a dejar su huella... ¿cómo dicen los poetas? Indelebles, en las leyendas urbanas de Holguín, como la del administrador colgado de la viga. No iba a pasar inadvertido, olvidado, sino que preguntarán: ¿quién era ese? Y los mierdas del Pasta y sus lacayos responderán: un tipo ahí que venía todos los jueves a la peña, a veces también los sábados, un feito ahí, insignificante. Pero ya no sería más el intrascendente, sino un personaje célebre, el que había levantado el vuelo desplegando alas enormes.

¿Y realmente verían sus alas? No tenía tiempo de pensar en ello, pero si pudiera llegaría a la conclusión que jamás sería posible que aquella sarta de estúpidos desarrollasen

Morir con las botas puestas

algo de sensibilidad y pudieran ver cómo él desplegaba las alas, porque sus vidas se limitaban a hartarse de alcohol en las peñas de Rock y burlarse de los demás, y después de las burlas el mote, y ya todos le decían muñecón de carnaval, por eso las mujeres no lo miraban. ¿Cómo lo iban a mirar con semejante apelativo? Pero ya no será más el Muñecón, sino alguien famoso, y ellas se preguntarán por qué no se habían fijado antes en él, por qué no se les había ocurrido conocer mejor a aquel muchacho bajito de cabellos enmarañados y rostro de caricatura, sí, pero que podía volar, alejarse, huir del mundo de una manera distinta a como lo hacían ellas, los demás... todos ellos, macerados en alcohol y pastillas para olvidarse del mundo que enfrentarán cuando la peña termine y ellos bajen las escaleras del Caligari para salir a la calle y regresar a sus casas o sentarse en el parque, plaza sitiada, donde serán atosigados por la policía. No, él ya no tendrá que pasar más por eso ni por las humillaciones del Pasta, de todos... porque sabe volar.

Y tal vez si hubiera tenido tiempo de pensar en eso habría sonreído, aunque viera acercarse a él, inexorable, el asfalto de la calle Martí, porque dejó de ser el insignificante en el momento en que echó a correr y se lanzó desde la azotea del Caligari abriendo los brazos, como desplegando alas, ante la mirada de asombro de todos.

La araña

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal cuando el hombre se irguió y lo miró de frente. El “Jabao”, como el otro lo llamó, tenía una cicatriz que atravesaba su rostro, y Honorato Hernández recordó la primera frase del cuento de Borges que más le gustaba. Pero no sonrió por la coincidencia, la figura del sujeto lo había impresionado: era enorme, de manos como mazas; una cabeza repulsiva, hinchada, con cráteres: huellas de un implacable acné juvenil; y coronándola, una pelusa rojiza, desordenada; luego se fijó en sus ojos, pequeños, incisivos, ocultos en la masa del rostro.

La lancha era pequeña, liviana, una lancha rápida. Subió detrás de su amigo Mauricio, le alcanzó la mochila, la propia también. Ya dentro vio a otras personas, entre ellos una niña.

El Jabao arrancó el motor fuera de borda de un solo y poderoso tirón. El sonido hirió la quietud de la noche. “Se oye demasiado”, pensó Honorato. Le aterraba que la lancha fuera descubierta por el guardacostas, los detuviera y luego él tendría que enfrentar a sus padres, quienes querrán sacarlo de la cárcel, entonces sabrían lo otro. ¿Qué pensaría su padre, militante del Partido, cuando le llegara la noticia de que su hijo había sido arrestado por querer irse en una lancha a los Estados Unidos? ¿Y lo del robo? Se iba a podrir en la cárcel. Más de mil veces su padre había declarado que el hijo que desertara para la tierra del enemigo ya no sería más su hijo, igual que si tuviera un hijo ladrón, o peor, eso jamás. Honorato sacudió la cabeza, era mejor alejar los malos pensamientos.

—Brother, esa casi es tu propia historia —Bernardo le da un leve empujón—. Ese es tu padre, ¿no? El que no va a querer saber de ti, deja que se entere... tú sabes que eso va a pasar de verdad, ¿no?

—Sí, lo sé —contesta Yudiel.

Morir con las botas puestas

Honorato confiaba en sus corazonadas. Las pocas veces que no les daba importancia, a la corta o a la larga se veía envuelto en alguna situación desagradable; por eso tenía fe ciega en su sentido común, como ahora. Se hallaba alerta, con la sensación de que algo no andaba bien, y no sabía definir qué era. Miró hacia el otro extremo de la lancha: el Jabao cuchicheaba con el otro, lanzando miradas furtivas hacia ellos.

—Definitivamente ese eres tú —interrumpe Bernardo—, a ti te dan corazonadas, ¿no? Una vez me dijiste eso.

De súbito el Jabao irguió la cabeza, los oídos alertas. Prestaba atención a algo que Honorato no podía percibir. En los cuatro puntos cardinales solo se veía mar, mar, mucho mar oscuro, monstruoso, con olas como grandes serpientes marinas reptando por debajo de la lancha, elevándose peligrosamente; y más allá nada, oscuridad.

El otro apagó el motor, ambos escucharon. Honorato y Mauricio escuchaban, también los demás tripulantes. La niña se despertó, tal vez por tanto silencio. El ruido del motor, el vaivén de las olas y la brisa con olor a mar la habían adormecido desde que zarparon. Masculló algunas palabras.

—Que se calle la niña —dijo el Jabao.

Todos se hallaban en estado de alerta, tratando de escuchar aquello que mantenía en suspenso al Jabao, pero el ronroneo de las olas lo abarcaba todo. Mauricio fue el primero que lo vio, luego el Jabao, que se paró a otear el horizonte. Una luz, dijo alguien. Casi enseguida comenzó a escucharse el sonido inconfundible de un motor de lancha.

—¡Las luces! —dijo el otro. El Jabao apagó el foco.

Ahora se hallaban a oscuras, en silencio. El sonido se acercaba, ya no quedaban dudas. La niña dijo algo.

—¡Que callen a esa niña, carajo! —gruñó el Jabao.

El sonido se hacía más nítido y la luz se movía a lo lejos. El Jabao se deslizó en silencio y hurgó en una caja de madera. Extrajo dos objetos de metal, uno se lo entregó al otro y se quedó con el más voluminoso. Todos observaron la acción, expectantes, ya no le

Morir con las botas puestas

prestaban atención a la luz y el sonido. Honorato aguzó la vista, se acomodó los espejuelos.

“Parece...”, se dijo, “parece, parece una...”

—Si se acercan... —dijo el Jabao, y rastrilló el arma.

Hubo una conmoción entre los tripulantes, Honorato palideció. ¿Una ametralladora?. El otro rastrilló algo que parecía una pistola, todos comenzaron a hacer comentarios. Nadie dijo que iban a haber armas, dijo alguien en voz alta. Honorato y su amigo se unieron a los comentarios.

—Ustedes no pero nosotros sí —dijo el Jabao—, y cállense, carajo, que nos van a descubrir. Si eso pasa, aquí va a llover plomo.

—Brother, esa frase es de película vaquera —interrumpe Bernardo.

—¿Falta mucho? —dice Yudiel como respuesta.

—Aquí no hacen falta esas cosas —dijo el que había protestado en voz alta—, hicieron mal en traerlas, eso es peligroso para todos nosotros.

—¡A callar, carajo! —el Jabao apuntó hacia él.

—Bueno, sigue contando a ver qué pasa.

El hombre no habló más, se sentó rápidamente. Los murmullos cesaron y nuevamente el Jabao prestó atención a la mar, pero ya no se escuchaba el sonido de la lancha. Todos otearon hacia el horizonte en brumas, también la luz había desaparecido.

—Yo pregunto, ¿de dónde sacaste el nombre ese de Honorato? Está cheo, compadre, ¿no lo puedes cambiar?

—No, no puedo —responde Yudiel—. ¿Falta mucho?

—Un poco —responde Bernardo.

—De Balzac...

—¿Qué?

—El nombre... lo saqué de Honorato de Balzac, un escritor. ¿De verdad falta mucho?

—Ya casi, compadre. Dale, termina el cuento.

Morir con las botas puestas

El jabao lanzó un suspiro de alivio que más bien parecía el resoplido de un toro. Puso el arma a su lado, el cañón apuntando al cielo sin estrellas. Esto merece un trago, Navajita, dijo. Era la primera vez que todos escuchaban el apelativo del compañero.

Todos comenzaron a relajarse, algunos se desperezaron. El Jabao extrajo de algún lugar una botella, se dio un trago largo, le pasó la botella a Navajita: no perdamos tiempo, le dijo.

Otro de los tripulantes se levantó, parecía el padre de la niña. El Jabao lo miró, desafiante. Qué te pasa, le dijo.

—El asunto de las armas... no hemos terminado de discutirlo. No nos gusta que haya armas en la lancha, es peligroso para todos nosotros, aquí hay una niña, pudiera resultar herida por cualquier accidente.

—Esto es para que los guardacostas no nos cojan, tú —contestó Navajita.

—Nosotros queremos que boten las armas, la vida de todos está en juego mientras esas armas estén a bordo —dijo el hombre.

—¿Qué? ¿Oíste eso, Navajita? —el Jabao carcajeó. Se irguió lentamente, sin dejar de reír. Parecía un enorme oso al lado del hombre que comenzó a sentirse intimidado.

—Esto —colocó el cañón de la ametralladora en el pecho del hombre— costó un dineral. ¿Quién tú te crees que eres para decirme a mí que tire esto al mar?

—Nadie... —el hombre carraspeó—, quiero decir que nadie habló de traer armas en este viaje, cuando se cuadró, ustedes nos mintieron.

—La lancha es mía y de Navajita, ¿qué te parece?, y nosotros traemos lo que nos de la gana, porque a mí nadie me va a coger preso, me tienen que matar primero. ¿Y tú? —lo empujó con el cañón—, ¿quién coño tú te piensas que eres, el presidente del Comité? ¡A sentarse, carajo!

El hombre retrocedió, se sentó lentamente sin dejar de mirar el cañón de la ametralladora. La niña se abrazó a él.

—¡Aquí se hace lo que yo quiera! ¡El próximo que diga algo más le pego un tiro!

Morir con las botas puestas

Bernardo extrae un pomo de la mochila, se da un trago. A lo lejos ya se recorta un horizonte de mar, la noche está clara.

—Ahorra agua —le dice Yudiel.

Nadie hablaba. El ruido del motor fuera de borda se hizo omnipresente, acompañado esporádicamente por el ronroneo del oleaje y el sonido del agua al ser cortada por el casco de la lancha. La espuma humedecía las ligeras ráfagas de viento que llegaban hasta ellos. Hacía frío.

—¿Por qué no metes ahí una tormenta? —interrumpe Bernardo—. Eso haría la historia más excitante.

—No, en todas las historias de balseros siempre hay una tormenta y gente ahogada y esas cosas. Yo quiero otra cosa, no repetir los mismos clichés de siempre, que si se hunde el bote y atacan los tiburones, que si se mueren de insolación... por eso lo inventé todo de noche, como ahora.

—Como ahora, sí —Bernardo miró al cielo, por suerte despejado, no la pesadilla que estaba describiendo Yudiel—. Bueno compadre, en esas historias casi siempre pasa eso de las tormentas y la gente ahogada. ¿Y los tiburones? Eso nunca falta.

—Bueno ya, ¿sigo?

—Sí, pero camina más rápido, ya estamos llegando.

El Jabao y Navajita cuchicheaban de nuevo, discutían. La expectación volvió a ocupar al resto de la tripulación. Frases sueltas llegaban hasta ellos, era algo sobre la niña. Honorato volvió a sentir la corazonada, el pulso se le estaba acelerando.

Navajita fue el primero que se paró, se acercó a ellos y miró por un instante a la niña. ¿Pasa algo con ella?, dijo el padre.

—Todos empiecen a sacar el dinero —respondió—, y rápido.

El hombre que acompañaba al padre de la niña se levantó lentamente.

—Quedamos en que les íbamos a dar el dinero cuando llegáramos a Miami, ¿no? —dijo.

Morir con las botas puestas

La pistola brilló en el aire antes que la culata se estrellara en el rostro del hombre. La niña comenzó a llorar, el padre de ella se levantó, Navajita apuntó hacia él.

—¿Qué vas a hacer? —le dijo— ¿Quieres hacerte el valiente?

—Mátalo —dijo el Jabao desde el otro lado de la lancha.

Todos quedaron petrificados. Honorato se abrazó instintivamente a la mochila, Mauricio adoptó una postura como si se fuera a lanzar por la borda. El hombre que había sido golpeado yacía en el suelo, sangrando, pero no había perdido el conocimiento.

—¡El dinero, arriba! —dijo Navajita.

Y comenzaron a aparecer los paquetes de billetes, algunos envueltos en nylon, otros amarrados con ligas. Honorato le había hecho una seña a Mauricio, quien sacó de su mochila unos sobres amarillos hinchados de dinero, la pequeña fortuna que habían amasado en una sola noche. Honorato trabajaba en un laboratorio de computación y Mauricio era el custodio. La noche antes, a las dos de la madrugada, en la guardia de Mauricio, cargaron con las computadoras en el carro del papá de éste y las llevaron hacia el contacto, que les pagó al momento; luego se fueron para la playa de Caletones, escondieron el carro y esperaron la noche, a la hora en que llegaría la lancha. Mañana encontrarán el carro entre las matas de uva caleta y ellos ya estarían en Miami, lejos de la persecución de la PNR. Pero ahora no sabían en qué iba a terminar aquello.

Navajita fue reuniendo el dinero, vigilaba el movimiento de los demás con el rabillo del ojo, la mano firme en la pistola. ¿Ya, esto es todo?, dijo.

—Revísalos bien —dijo el Jabao.

Navajita se volvió hacia ellos, el arma empuñada. De casualidad el cañón estaba dirigido hacia la niña. El padre se asustó, le clavó a Navajita una mirada de odio.

—Arriba: anillos, cadenas... todo lo que tengan de valor, ahora y rápido, lo quiero ahí, en el suelo. Tú —se dirigió al padre de la niña—, quítale la cadenita esa que trae, ¡rápido!

Pero fue poco lo que se recaudó. Navajita se agachó y lo atrajo todo hacia la loma de billetes que yacía en el fondo de la lancha. Ya esto es todo, Jabao, ¿qué tu crees si cogemos las sogas y...?

Morir con las botas puestas

No terminó la frase. El Jabao se había parado, lanzando un rafagazo de ametralladora. Navajita se lanzó al fondo del bote, cubriéndose la cabeza.

Cuando Honorato abrió los ojos vio que su amigo Mauricio sangraba de un brazo. Gritaba, cubriéndose la herida, que no dejaba de manar sangre. Miró a los demás; habían adquirido posturas grotescas en el fondo de la lancha, todos ellos sin vida. La niña había muerto con los ojos abiertos.

—¡Coño, Jabao, qué pasa! —Navajita se levantó, tembloroso— Asere, ¿te volviste loco?

Honorato estaba petrificado, frío, con un susto de muerte; no quitaba los ojos del rostro de la niña que yacía sobre el cuerpo del padre como una muñeca rota. El Jabao se acercó con la ametralladora en alto: lánzalos al mar, le dijo a Navajita.

—Coño, jabao, compadre, se te fue la mano, no tenías que haber hecho eso.

—Tenemos que regresar, hay otro embarque en Puerto Padre. Después de eso sí nos vamos para la yuma de verdad, Navajita, tú y yo, millonarios. Lanza a toda esta gente al mar, que se los coman los tiburones.

El terror invadió a Honorato, que alzó los brazos instintivamente. El Jabao le apuntaba a ellos.

—No vaya a disparar, por su madre —le dijo—, yo no se lo voy a contar a nadie, se lo juro... a nadie, nadie, nadie, nadie, por mi madrecita que a nadie, de verdad, se lo juro, pero no me mate, por favor, no me mate.

—¿Y dejar vivo a dos testigos? —el Jabao carcajeó— ¿Oíste eso, Navajita? Que lo deje vivo, qué gracioso.

Y Honorato no se atrevió a decir más. En menos de un segundo se arrepintió de haberse embarcado en aquella empresa, todo por irse para un país donde no lo miraran mal por ser rockero, y donde podría formar un grupo de rock con todas condiciones. Sí, Honorato, la tierra del Rock 'n roll, de tus grupos preferidos, por eso te llenaste de valor para hacer todo lo que hiciste.

Morir con las botas puestas

Por la mente de Honorato desfilaron las últimas imágenes de sus padres y deseó estar de vuelta, al lado de ellos, lejos de esta pesadilla. Luego, el relámpago.

—Coño, compadre, compadre, compadre, ¿cómo se te ocurre ese final? —Bernardo se había detenido, Yudiel también—. Lo de irse por el asunto de la discriminación de los rockeros en este país está ok, por eso tú y yo nos vamos también, ¿no? Para que no nos jodan más con la mierda esa del diversionismo ideológico y que si el Rock es la música del enemigo y todas esas porquerías. Y tú para al fin hacer un grupo como Dios manda, ¿no? Bastante que te patearon en la Casa de la Cultura.

—Sí, pero...

—Pero nada, compadre, ¿cómo se te ocurre hacer un cuento que termine así, precisamente cuando nos vamos echando del país? ¿Tú quieres ser ave de mal agüero? ¿Tú quieres que nos pase algo parecido? Nos vas a dar mala suerte, compadre.

—Me inspiré, eso fue lo que se me ocurrió.

—Coño, pero no te inspires más así, compadre. Y dale que ya estamos aquí, y a mí no me vuelvas a hablar más de cuentecitos ni nada de eso. Háblame de la yuma, que ya siento olor a chicle y Coca Cola.

Bernardo echa a andar, cambiando el rumbo. Se adentra en la vegetación, Yudiel lo sigue. Caminan un trecho hasta que llegan a un trillo. Siguen por esa vía, apuran el paso, se escucha el sonido de un motor de lancha. Ya llegaron, dice Bernardo.

Un claro se abre ante ellos, a su izquierda una lengua de agua. Bernardo baja por la pendiente, Yudiel detrás. Llegan hasta una pequeña playa, la lancha ya había llegado. Una figura se hizo visible.

Hubo el chasquido de un interruptor, el interior de la lancha se iluminó. Bernardo y Yudiel vieron que allí había más personas.

—Ya estos son los últimos, Jabao —escucharon.

Fue entonces cuando Yudiel lo vio, irguiéndose lentamente como un gran oso. La misma cara hinchada, los ojos ocultos tras la masa del rostro, la cicatriz horrenda; y un escalofrío lo estremeció, como si una fría araña hubiera trepado por su espina dorsal.

En el nombre de Satán

El diablo fue inventado por los formuladores de toda religión (...) con un solo propósito: controlar las supuestas acciones reprobables del hombre.

La Biblia Satánica
Antón Szandor laVey

Llueve. Las gotas, unidas en una cortina, golpean el asfalto y el cuerpo de las cinco personas que caminan por la carretera. Avanzan en silencio, los brazos cruzados, las ropas pegadas al cuerpo, los cabellos derretidos.

—Deberíamos volver —dice ella.

El muchacho que camina a su lado la mira.

—¿Cómo? —dice.

—Que deberíamos volver allá.

Él descruza los brazos, la cólera en la mirada. No puede creer que la discusión se vaya a reanudar. A los cinco les había cogido el aguacero en medio de la querella y ahora tienen que avanzar con la lluvia azotándoles, pero deben seguir, alejarse.

—¿Vas a volver con lo mismo? Acabamos de hablar de eso hace un rato.

—Sí, pero no podemos... no puedo hacerlo, yo tengo que volver... tenemos que volver y decir la verdad, no nos va a pasar nada, yo sé que no nos va a pasar nada, nosotros no tenemos la culpa.

—Yo no quiero líos con la policía, la mejor solución fue la que encontró el Mondongo, no se podía hacer otra cosa.

—¿Y por qué hay que hacerle caso a todo lo que diga este tipo? —señala a uno que camina delante de ellos, a cierta distancia.

Morir con las botas puestas

Julio Mondongo se da vuelta hacia ellos, descruzando los brazos. Avanza con determinación, los puños cerrados. La muchacha se detiene. El muchacho que estaba a su lado se interpone entre ella y el aludido. Sus miradas se encuentran.

—Contrólala —le dice Julio Mondongo, señalando a ella con un dedo largo y huesudo—. Contrólala, que no respondo de mí.

—Está bueno ya, Mondongo; no hace falta caer de nuevo en la misma discusión.

—Entonces contrólala, Javier. Tú y yo vamos a tener problemas por culpa de ella. Coño, que no me siga acusando, lo que ocurrió no fue por mi culpa.

—¿Qué no fue por tu culpa, so comemierda? —una segunda muchacha se acerca a ellos, acompañada de otra persona.

—Yusi, está bueno ya, carajo —interfiere Javier—, ¿quién iba a saber que al Jicoteo se le ocurriría hacer esa barbaridad? Nadie lo podía adivinar.

—¡Se le ocurrió a él! —contesta Yusi, señalando al Mondongo.

—A él mismo —apoya Mariana, todavía amparada detrás de Javier.

—A mi nadie me puede acusar de nada. Aquello fue jugando, yo no lo estaba tomando en serio —Julio Mondongo manotea. Unas alas de agua se disuelven en el aire.

—¿Sí? ¿No me digas? —contesta Yusi con insolencia.

—Está bueno ya, vamos a dejar la discusión —interfiere Javier—, lo que tenemos que hacer es seguir caminando, caballeros. Ya casi estamos llegando a Delicias, de ahí solo tenemos que atravesar y llegar a Puerto Padre, y se acabó, se acabó todo... nadie va a saber que tuvimos que ver con aquello.

—Y claro que no tenemos que ver —responde Yusi—, nosotros andábamos las dos parejas, tú, Mariana, El Gato y yo, y a última hora apareció este pega'ó con su gente —señala a Julio Mondongo.

—¿Y qué? Me hubieran dicho que no querían descargar con nosotros y ya.

—Maldita sea la hora que nos dio por ir a esa peña de Rock de Chaparra —susurra Yusi, como dialogando consigo misma—. Maldita sea, maldita sea la ocurrencia de ir a esa

Morir con las botas puestas

iglesia —mira al Mondongo—. Maldita sea el momento en que te apareciste y se te ocurrió esa mierda de invocar al diablo.

—Era un juego, partida de imbéciles, ¿Cuántas veces lo tengo que repetir?

—Tremenda gracia que tuvo el jueguito —contraataca Yusi con una voz distorsionada por el sarcasmo. Se acerca al Mondongo—. Mira como me río, idiota. ¡Por tu culpa Bárbara y el Jicoteo están muertos, coño!

—¿Y qué piensan hacer, partidas de genios? —dice Julio Mondongo— ¿Ir a la policía, contar lo que pasó? Ustedes son tan culpables como yo, estaban ahí también. Y tú —señala a Javier—, traías una botella de kini con pastillas, y le diste al Jicoteo, que no se te olvide eso.

—Todos tomamos de ella —Javier lo mira con resentimiento.

—Sí, pero no todos tenemos la misma reacción —responde—. ¿Ven? —Julio Mondongo se pasea entre ellos con los brazos abiertos, el triunfo reflejado en el rostro—, todos tenemos culpa, ¿no es verdad, inteligentes?

—Mondongo, yo no pienso pagar por lo que pasó —responde Javier—. Yo fui... nosotros fuimos allí para otra cosa, no para aquella mierda, eso se te ocurrió a ti.

—Ah, pero resulta que del susto se te quedó la botella, ¿a que no te acuerdas? Estás embarcado, inteligentón, en la vida real vas a pagar tú.

Silencio. Todos miran a Javier, esperando una reacción. Él siente el peso de las miradas, se aparta los cabellos chorreantes.

—Javier —dice de pronto Mariana, lo toma del brazo—, deberíamos regresar a buscar la botella esa antes que sea tarde.

—¡Ahhh! —Julio Mondongo sonríe, victorioso—. Ahora resulta que ya no quieres ir a la policía ¿no?

Mariana hace un gesto de desagrado.

—Yo no tengo por qué tener miedo de eso —responde Javier—, al que se le ocurrió el ritual satánico fue a ti, ninguno de nosotros participamos. Tú fuiste el que mandaste al Jicoteo. Y aparte, para que no te equivoques, la botella tiene las huellas de todos, incluido tú.

Morir con las botas puestas

—se vuelve hacia Mariana, le aparta los cabellos—. No te preocupes, Mary, él no va a poder utilizar eso en nuestra contra.

—Entonces todos iremos presos —Julio Mondongo carcajea—, ¿no?, todos fuimos culpables. ¿Y aquel? —señala al Gato que se halla a cierta distancia, mirando al asfalto sin decir palabra—. El cuchillo es de él, así que posiblemente sea el mayor incriminado. Si ustedes me acusan yo voy a inventar un cuento que ni Edgard Allan Poe. Todos se van a joder por chivatos.

—Maldito sea el momento en que te atravesaste en nuestro camino —comienza a decir el Gato—, nosotros íbamos a la iglesia abandonada a descargar, a pasarla bien y tuviste que aparecerte tú, el Jicoteo y la otra a joderlo todo, antojarte de ir con nosotros para aguararnos la fiesta.

Julio Mondongo no contestó. Todos miraban al Gato, advertían que un furor iba creciendo en él.

—Tenías que joder nuestros planes. Tenías que aparecer con tu esclavo y tu puta...

—¡Eh, eh, eh! ¡Cuidadito ahí! —salta Julio Mondongo— ¡Respeto la memoria de Bárbara! ¡Respétala, que está muerta!

—¿Que respete su memoria? ¡Si fuiste tú quien la mataste! —contesta el Gato—. Coño, uno iba allí a divertirse, a templar, ¿y tú? A inventar ritualitos satánicos para hacerte el satanicón, el oscuro, y lo que hiciste fue desgraciarnos la noche... la vida, a todos nosotros... a ti. La culpa es tuya, Mondongo de mierda.

—Sí, tú tienes la culpa de lo que pasó —dice Yusi, señalando a Julio Mondongo.

—Sí, tú, tú mismo —el dedo inquisidor de Mariana, señalándolo también.

—No, y encima tiene el descaró de querernos enredar a nosotros.

—¡Le voy a partir la cara al que me vuelva a acusar!

—Tú no vas a partirle la cara a nadie —contesta el Gato—, tú lo que vas a pagar por lo que hiciste, porque a ti nadie te mandó a inventar esa mierda de ritual, y menos coger mi navaja para eso.

—Me la diste, ¿no? ¿Quién te mandó?

Morir con las botas puestas

—Yo no sabía que iba a ser para eso, tú me engañaste.

—¿Ah, que no lo sabías? ¡Qué ingenuo eres! Te jodiste por ingenuo, Gato con botas, te jodiste —Julio Mondongo lanza una carcajada—. Además, yo no sé por qué aquí todo el mundo habla de mí como si yo hubiera sido el que la mató, y todos saben que fue el Jicoteo, ustedes lo vieron.

—¡Tú lo mandaste, tú lo mandaste! —le grita Yusi— ¡Por Dios, no quiero ni acordarme de eso! ¿Y cuando el Jicoteo vio lo que había hecho y se llevó la navaja a la garganta? ¡Dios mío, no quiero tener que volver a ver eso jamás! Eres un monstruo Julio Mondongo, un monstruo. Ahí estás como si nada. Allí se quedó tu novia, abandonada, cayéndole agua como si fuera un perro muerto. Nunca te importó Bárbara, cabrón maldito, y menos el Jicoteo, que tanto te seguía.

—El Jicoteo era su esclavo y Bárbara su puta —dice El Gato.

—¡Te voy a partir la cara! —contesta Julio Mondongo.

Pero El Gato ya está encima de él. Un primer golpe hace que el Mondongo se tambalee, aunque logra mantener el equilibrio mientras trata de contener y esquivar los golpes de El Gato. La lluvia comienza a arreciar. Las infinitas agujas de agua se estrellan en el asfalto y en los cuerpos en plena lucha. Los golpes de El Gato suenan mojados y contundentes. Julio Mondongo solo atina a retroceder para tratar de levantar la guardia, pero no le da tregua. Todos animan al Gato a pegarle con el mismo entusiasmo y euforia que cuando alentaban al Jicoteo a realizar el sacrificio en el altar ruinoso de aquella iglesia abandonada. Antes del desenlace fatal, ya habían olvidado el disgusto y estuvieron divirtiéndose con las locuras de Bárbara, quien se desnudó de manera teatral para acostarse en las losas derruidas. El Mondongo humillaba al Jicoteo, como siempre, diciéndole: sé hombre, demuéstrole a Satán que eres hombre, so maricón; y todos ellos gritando: ¡hazlo, hazlo, hazlo!, convencidos que el Jicoteo no lo iba a hacer, que de seguro le devolvería la navaja a Julio Mondongo, quien le diría horrores, y ellos iban a reír y seguir tomando, tal vez convencidos que no había sido tan mala suerte que el Mondongo y los suyos se hubieran pegado a ellos, por lo menos se estaban divirtiendo. Pero el Jicoteo seguía ahí, escuchando la incitación de los demás, el

Morir con las botas puestas

alma estremecida ante cada impropio del Mondongo que le gritaba: jicotea maricona, so pájara, no te atreves a hacerlo, mariquita; y el Jicoteo alucinado, con la mirada clavada en el cuerpo semidesnudo de Bárbara, y abochornado por los insultos que el Mondongo le gritaba frente a ella: la imagen recurrente de sus fantasías eróticas. Ah, hubiera querido no haberla conocido nunca, no tuviera entonces la maldita obligación de masturbarse cada vez que recordaba su cuerpo, ahora desnudo por primera vez ante sus ojos. Oh, la voluptuosidad de ese cuerpo, sugerido en la mayoría de las ocasiones por shorts cortísimos, jeans ajustados, minifaldas de infarto o un hilo dental... ¡por Dios, aquella vez en la playa! Pero en ese momento el pubis estaba al descubierto, rasurado, apetitoso, se lo comería, oh, sí, y la chaqueta semiabierta, mostrando un seno, por Dios. Y Julio Mondongo cada vez más alto: atrévete, maricón, atrévete, y él no era maricón, nunca lo fue, ni tan cobarde como el Mondongo pensaba, por eso el movimiento casi involuntario, lleno de ira y locura, la navaja brillando en el aire, el golpe sordo. Sí, la tortura tenía que desaparecer, las fantasías, la frustración de tanta autocomplacencia. Ya no tendría que hacerlo más, era el final de la esclavitud, de odiarse a sí mismo; y en el mismo instante en que comenzó a brotar la sangre y las exclamaciones, surgió del cielo un alarido, o un grito ronco, o la imprecación de un Dios colérico que lanzó sobre él y todos ellos una masa de lluvia que todavía no cesa.

Pero ahora quien yace sin vida es Julio Mondongo. La lluvia cae sobre él, inmisericorde, diluyendo la sangre que se escapa de su cabeza y rueda por la piedra que lo recibió en el suelo. Todavía el Gato tiene los puños cerrados, el pecho convulso, la respiración escapándosele en resoplidos, creando una nube que se disuelve en el aire traspasado por la lluvia incesante. Mira el cuerpo exánime sin decir palabra, mientras la lluvia también resbala por todo su cuerpo, chorreando, cayendo a hilachas sobre el asfalto. Los demás se acercan a él, hipnotizados por el horror.

—Ahora sí, coño —logra decir Javier—, ahora sí se jodió esto.

—Dios mío —Yusi se lleva las manos a la cabeza.

Morir con las botas puestas

Todos observan el cuerpo de Julio Mondongo, la sangre que escapa, fundiéndose con los arroyuelos creados por la lluvia. Los ojos apagados del Mondongo miran al cielo, la boca abierta, empozando el agua.

—¿Qué vamos a hacer? —solloza Mariana— ¿Por Cristo, qué vamos a hacer ahora?

—Ahora sí no podemos regresar allá —dice alguien—, de ninguna manera. Tenemos que olvidarnos del asunto de la policía y perdernos.

Javier mira al Gato, pero este se da vuelta y echa a andar por la carretera. Todos lo siguen con la vista por unos instantes, luego intercambian miradas de complicidad.

Ahora avanzan nuevamente en silencio, los brazos cruzados en el pecho, los ojos fijos en el asfalto chisporroteante. Encima de ellos la noche tormentosa, escupiendo agua.

Marlen y Tatiana

Gorky aporrea su guitarra mientras el público estupefacto lo lacera con la mirada, no pueden creer lo que acaba de vociferar aquel pequeño engendro desgredado. Oropesa se da vuelta para observarlo por encima de sus gafas al mismo tiempo que gruñe una palabrota entre dientes. ¿Qué coño le pasa a ese? —aúlla Mundy a su espalda. “Marlen y Tatiana son dos chicas sanas” —recibe como respuesta desde el escenario y los valientes ubicados en las primeras filas comienzan a romper la inercia, moviéndose poco a poco al ritmo de la música. No puedo creer que le haya dicho maricones a todo el mundo, escucha Tatiana, pero los comentarios que brotan a su lado no logran que pierda la concentración. Sí, allí está Marlen, con aquel pantalón engomado que ella misma le regaló en su cumpleaños. Sí, allí está, al lado de esos estúpidos roqueros que tan mal le caen.

¿Dónde están los palestinos aquí?, grita Gorky en medio de la canción y un “tu madre” gritando al unísono le llega desde el público. “¡Todos los palestinos son maricones!” —riposta el pequeño diablo y le da la espalda al auditorio sin dejar de rasgar la guitarra, como si la segunda mentada de madre, elevada al cuadrado, no hiriera su moral. Qué suerte, no está con el novio ese, pero coño, está con esos mierdas que la instrumentaron para alejarla de mi lado —piensa Tatiana mientras se acerca a Marlen apartando la gente.

“Marlen y Tatiana son dos chicas sanas, nunca se te tiran en una parada”, canta Gorky y todos se fijan por primera vez en un letrero pintado en la guitarra: “Aquí está mi leche”, reza la frase unida a una pequeña flecha que apunta hacia la pelvis del engendro. Al fin te veo —

Morir con las botas puestas

escucha Marlen a su espalda y el conocido timbre de esa voz troca su etílica euforia en un despertar de espanto: fueron cinco años de concubinato, de pasión a la vista de todos. Tú de nuevo —dijo al volverse y advirtió que los decibeles del audio no habían dejado que sus palabras llegaran al oído de Tatiana. ¿Qué coño tú quieres? —le grita, y sobre el escenario, un enjambre de paranoicos toma por asalto el pequeño espacio entre el borde de la tarima y las referencias—. Esta es la última vez que voy a hablar contigo —le dice Tatiana con el rostro casi pegado al suyo—. A lo mejor el haber conocido a ese hombre te ha hecho despertar la curiosidad por probar algo nuevo. ¿Te acostaste con él? no importa, eso te lo puedo perdonar; lo que sí no puedo perdonar es que ahora te quieras casar con él.

Gorky empuja con el pie a uno de los fanáticos que, en posición sodomítica, esperaba que su ídolo lo empujara hacia la masa de gente que hervía. Ciro deja de tocar el bajo, se afloja los shorts y los deja caer para luego simular una penetración en el trasero de otro fanático. ¿Qué coño le hallas ahora a la pinga? —prosigue Tatiana, a pesar del gesto de desdén de Marlen— ¿acaso no gemías de placer conmigo? ¿Acaso el “te quiero” que tanto repetías era mentira? ¡Todos los holguineros son maricones! —vocifera Gorky desde el escenario. Antes me gustabas pero ahora me das asco —responde Marlen enfatizando la última palabra con una mueca de repugnancia. “¡Maricón eres tú!” —le responde Gorky desde el público, seguido de una lluvia de pomos. ¡Esto no se va a quedar así! ¡A Tatiana la Caimana nadie la deja así como así! —vocifera, clavando sus uñas en los hombros de Marlen. “¡Y los que tiraron los pomos son más maricones todavía!”), vuelve a gritar Gorky, sin dejar de azotar su guitarra. ¡Jamás voy a revolcarme de nuevo con una tortillera como tú! —le grita Marlen en la cara—. Voy a morir con un hombre; tú me engatusaste cuando era una adolescente, me hiciste creer que los hombres daban asco. ¡Vete pal carajo y déjame en paz!

Gorky cambia con rapidez su guitarra Lead Star por una Ural rusa y los acordes de una nueva canción comienzan a escucharse por los enormes bafles del audio. Marlen recibe una

Morir con las botas puestas

bofetada que casi la hace caer de lado, pero Oropesa la sostiene. ¡Pero qué coño! —masculla Mundy con rabia, y atrapa el delgado cuello de Tatiana con sus zarpas a la vez que su puño se eleva. ¡Déjala! —grita Marlen y Mundy suelta su presa de mala gana. Los mirones que habían hecho un círculo alrededor de la zona del conflicto comienzan a circular, al ver que no ocurre nada más; mientras, Marlen se lleva a su agresora hacia un lado del escenario. “Dejo de pajearme y salgo a la calle en busca de barrigas” —canta Ciro, mientras Gorky vocifera un: “¡A singar cojones!”, que enardece la sangre del auditorio que ya le ha cogido la vuelta a este engendro de cantante y su grupo de locos. Perdóname, perdóname por favor —dice Tatiana con los ojos enrojecidos—. Es que no puedo resignarme a perderte; yo te quiero mucho ¿sabes? Te quiero tanto que envejecería a tu lado.

“Porno para Ricardo, Porno para Ricardo”, canta Gorky a dúo con Ciro, al mismo tiempo que rasga una revista Hustler y arroja sus páginas colmadas de vulvas dilatadas y falos húmedos hacia el público enardecido. Yo lo siento mucho, Tati, pero comprendí, gracias a Alfonso, que yo iba por el camino equivocado. Gorky deja la guitarra rusa en el suelo y toma otra revista, Playmate esta vez, y se acerca al público, mientras los demás integrantes del grupo tocan sin parar. Pasé unos momentos nada malos contigo —prosigue Marlen—, pero ahora sé que no son las mujeres las que me gustan; ahora solo quiero a mi Alfonso, quiero llenarme solo de él y no quiero volver atrás, Tati, no quiero volver a ser lo que era. Imágenes de falos erectos, litros de semen y coitos de todo tipo vuelan por toda la estancia y los policías comienzan a moverse nerviosamente. Las páginas caen en un océano de sudor, melenas y ropas negras mientras el pequeño diablo las arroja sin parar. Está bien, no te voy a molestar más, Marlen; te juro por mi madre que nunca más me vas a volver a ver. ¡No digas eso! —grita Marlen, tomando el rostro de Tatiana entre sus manos—. No digas eso, podemos ser amigas, como al principio: ¿te acuerdas? Antes que me llevaras a tu casa por primera vez.

Morir con las botas puestas

Gorky despliega un enorme poster y la ardiente voluptuosidad de Pamela Anderson recorre la vista de todos. “Porno para Ricardo”, aúlla el audio y varias manos se extienden hacia el pequeño engendro que se pasea por todo el escenario con su última limosna a ofrecer. Un policía mira la escena con ojos desorbitados y garabatea sin parar en una pequeña libreta. Otros agentes del orden se remueven inquietos y miran hacia su jefe, esperando una orden.

Como tú quieras —responde Tatiana y extrae del bolsillo trasero de su jean una pequeña caneca de Habana Club—. ¿Te acuerdas? La misma caneca de la que tomamos por primera vez y de la que vamos a tomar en esta despedida. Me voy a ir muy lejos, donde nada me haga recordarte. Marlen toma la caneca, mira llorosa a su ex amante y se da un buche profundo que le hace cerrar los ojos, mientras una bola de fuego recorre su garganta. Adiós —susurra Tatiana, arrebatándole la caneca, y se pierde entre la multitud sudorosa, dejando a Marlen desconcertada.

El pequeño engendro blande la guitarra rusa, la levanta para que el público la vea bien. “¡Rompe esta mierda!”, aúlla y una imponente afirmación se eleva como un trueno. “¡La rompemos!”, vuelve a aullar, y la policía comienza a acercarse al escenario. “¡Rompe esta guitarra de mierda!”, aúlla nuevamente con un brillo maligno en sus pequeños ojos. Marlen no se quiere perder eso y se introduce a empujones en el tumulto. Un ligero mareo le hace tambalear y en su estómago comienza a crecer el dolor. Ya se halla en primera fila y la figura de Gorky comienza a tornarse borrosa, a pesar de la proximidad.

La guitarra, todavía conectada, choca contra el suelo del escenario y un horrible estruendo se escucha por los bafles del audio. La guitarra choca contra el suelo y Tatiana, ya en la calle, arroja la caneca por una alcantarilla. La guitarra choca contra el suelo y Marlen siente un escalofrío que recorre todo su cuerpo, a la vez que un buche de sangre sube por su garganta. La guitarra choca contra el suelo y fragmentos del brazo, las clavijas y las unidades

Morir con las botas puestas

salen volando hacia todas partes. La guitarra choca contra el suelo y Gorky le da un formidable puntapié, arrojando la caja hacia las primeras filas del auditorio.

El pedazo de madera golpea el rostro de Marlen y ella cae de espaldas, vomitando sangre. La policía sube al escenario y atrapan con fuerza al pequeño demonio. El público brama. Algunos lanzan improperios a los agentes del Orden, otros se arremolinan alrededor del cuerpo de Marlen. “Estás detenido por agresión y alteración del orden público”, le dicen en el oído al detenido. ¡Está muerta!, grita alguien desde el tumulto y los policías miran a su presa con odio. “Homicidio”, le susurran en la cara a Gorky. Y, mientras es arrastrado fuera del escenario, logra ver por un instante el cuerpo inerte de Marlen, que es levantado como el ataúd de un mártir.